

*Germany, 1947-1949. The story in documents.* Department of State of U. S. A. 632 páginas. Washington, 1950.

La terminación de la segunda guerra mundial ha provocado, en las viejas democracias, la manifestación de un fenómeno político de extraordinario interés: la ampliación del ámbito de lo que antes era objeto de información pública, haciéndose partícipe a toda la comunidad nacional de determinados problemas que tradicionalmente le habían permanecido ocultos o, al menos, silenciados en gran parte. La causa de este fenómeno parece estar en el deseo de justificar una política que afecta, con todas sus consecuencias, a la totalidad de un pueblo. Tal parece ser el propósito de este libro, editado por el Departamento de Estado de los Estados Unidos, cuyo contenido no es más que una versión vulgarizada de la política exterior americana respecto de Alemania en el período comprendido entre los años 1947 a 1949.

La intención de este tipo de publicaciones de las que existen numerosos ejemplos, tales como «Les archives secrètes de la Wilhelmstrasse: De Neurath a Ribbentrop», «A decade of American Policy: Basic documents 1941-49» y «Occupation of Germany: Policy and Progress 1945-46», si bien es limpia en principio, no deja de dar origen a ciertas sospechas. Es curioso observar cómo en los libros sobre política exterior de países extranjeros se muestra buen cuidado en advertir al lector que los documentos se transcriben íntegros, sin cortes ni alteraciones, y que, por el contrario, en los volúmenes dedicados a la propia política exterior se advierte que, por razones de espacio, comodidad para el lector, etc., se ha extractado parte de los documentos que en ellos se publican. Aun admitiendo que to-

dos los documentos de la política exterior nacional fueran dados a la publicidad —pasado el tiempo prudencial, naturalmente—, el contraste de los criterios seguidos en la publicación de estos libros, según sean de la propia política o de la política de otros países, nos mueve a pensar si no hay en ellos una intención de propaganda —en cierto sentido, justificada—, dirigida a ofrecer a los nacionales una visión subjetiva, parcial, de aquellos problemas de la política mundial en que ha intervenido el propio país. Sea de ello lo que fuere, es lo cierto que este tipo de publicaciones tiene extraordinario valor, y en todo caso refleja toda una actitud política de un Gobierno respecto de su pueblo.

La habilidad proverbial de los organismos americanos en la edición de las obras dirigidas a informar a la opinión yanqui, hace de este volumen un ejemplar sumamente atractivo y manejable. Todos los inconvenientes que una publicación de este tipo entraña han sido superados con extraordinaria maestría. Los documentos han sido liberados de toda la gamba formal propia de los documentos oficiales. Así se advierte honradamente en el prólogo. De esta forma el lector se enfrenta directamente con los problemas de la política exterior americana, siéndole posible seguir su curso sin gran esfuerzo. Pero la fácil manejabilidad del libro no le resta en nada su valor documental; de ahí que en ningún caso pueda considerársele como un mero folleto de divulgación informativa al alcance de cualquier ciudadano, sino más bien como una publicación seria, tan sólo asequible a aque-

llas personas especialistas o estudiosas de la política internacional.

La transcripción de los documentos está hecha con todo rigor y pulcritud. Los extractos permanecen fieles al original, no omitiendo —al menos, así se asegura— ningún detalle esencial. En cuanto a las omisiones de carácter secundario, se advierte de ellas en todo momento, y con las referencias precisas, al lector.

La sistemática adoptada en este libro es, como en la generalidad de los de este tipo, por materias. No obstante, con objeto de facilitar la consulta aislada de cualquier documento, se inserta también un índice por orden cronológico, en el que se especifica, además, su contenido.

El libro está integrado por capítulos, cuyos epígrafes generales son los siguientes: Principios y objetivos básicos. (Conferen-

cias de Jefes de Estado, Consejo de Ministros de Asuntos Exteriores.)

Desarrollo político. (Desmilitarización, crímenes de guerra, repatriación, reorganización territorial, etc.)

Estructura política, Legislación y Administración. (Zona de ocupación de Estados Unidos.)

Desarrollo económico: Política económica general; eliminación de la potencia bélica alemana; reparación y restitución; rehabilitación económica alemana.

Educación, Información pública, Programa de intercambio cultural: Monumentos, obras de arte, archivo y asuntos religiosos.

Merecen especial interés los capítulos relativos al desarrollo y estructura política y al desarrollo económico.

R. y M.

*Les Archives Secrètes de la Wilhelmstrasse. De Neurath a Ribbentrop (Septembre 1937-Septembre 1938).* Publicado bajo la dirección de MAURICE BAUMONT. Vol. I; 612 páginas. Editorial Plon, París, 1950.

Entre los numerosos libros sobre la política alemana aparecidos en la postguerra destaca por su valor histórico la recopilación de los documentos de los archivos de la Wilhelmstrasse, publicados oficialmente por los Gobiernos francés, inglés y norteamericano. Por primera vez en la Historia tres potencias victoriosas deciden sacar a la luz un cuadro completo de la política exterior de un país vencido, «elaborado sobre la base de la más alta objetividad científica». La realización de tal propósito, de cuyo harto valiosa por su carácter de aportación documental para la Historia de Alemania, reviste todavía mayor interés por el hecho de que en la política exterior alemana se halla prendida gran parte de la política mundial de los últimos tiempos.

La tarea emprendida, aun limitada a la publicación de los documentos posteriores a 1918, ofrecía un sin número de dificultades de diverso orden: unas, derivadas de la recopilación de documentos, labor sumamente difícil y en ocasiones imposible; otras, de índole técnica, consistente en la valoración de la autenticidad de los documentos apresados y en la selección de los que habían de ser objeto de la publicación. La recopilación de los documentos fué felizmente realizada merced al celo que en

ello pusieron las fuerzas de ocupación. La súbita irrupción de las fuerzas aliadas en Alemania impidió la destrucción de los archivos de los nazis, permitiendo recoger un fondo de material considerablemente grande, que fué completándose mediante ulteriores pesquisas. Los resultados de esta labor de recopilación fueron los siguientes: respecto al período comprendido entre los años 1867 al 1920, el material recogido es virtualmente completo; los dossiers relativos a los años 1920 al 1940 presentan algunas lagunas de escasa importancia, cuya extensión aumenta en los años posteriores a 1938, que, por fortuna, han podido ser completados gracias a la existencia de copias auténticas de los documentos desaparecidos o de meras referencias textuales a ellos en otros documentos oficiales. El período más incompleto es el que abarca los años 1940 a 1943; los documentos relativos a esas fechas, si bien no permiten seguir paso a paso la política exterior alemana, son suficientes para dar una idea perfectamente clara de la línea general de su desarrollo. Por último, a partir de 1943 los materiales son fragmentarios, no teniendo más valor que el de simples datos particulares y concretos sobre determinados problemas de la política exterior alemana.

La valoración de la autenticidad de los documentos apresados presentaba mayores complicaciones técnicas. La sospecha de que los documentos fuesen apócrifos y de que hubieran sido intencionadamente abandonados por los nazis, para sembrar la discordia entre los aliados, exigió una labor de identificación documental muy minuciosa, que, gracias a la aportación de pruebas irrefutables de autenticidad y de las declaraciones de los altos funcionarios del Reich, fué extraordinariamente fecunda.

La selección de los documentos fué tarea encomendada a cada una de las Comisiones que habrían de encargarse de la publicación de los mismos en los tres países mencionados, concediéndose para ello el más alto grado de independencia. Aunque el criterio común era en principio el mismo: publicar estrictamente los documentos que ofrecían mayor interés para la comprensión de la política exterior de Alemania, las realizaciones prácticas han dado resultados diversos. Así, es frecuente encontrar documentos distintos en cada una de las tres ediciones. No obstante, parece haber habido coincidencia en lo que respecta al inmenso material integrado por las reseñas de Prensa y por los «rapports» de los informadores, los cuales han sido por el momento desechados, ya que su revisión implicaba un laborioso estudio, que hubiese retrasado considerablemente la publicación.

Entre los documentos seleccionados figuran los «rapports» que los agentes diplomáticos enviaban al Führer, a pesar de que en ocasiones no reflejan con exactitud la política exterior del Reich, por la doble razón, por todos conocida, de que la diplomacia del Reich procuraba, aun a trueque de desvirtuar los hechos, presentarlos en sus informes de la manera más favorable, y de que los diplomáticos de carrera, mirados siempre con recelo y desconfianza por Hitler, desconocían, por no ser suficientemente informados, las intenciones políticas de aquél.

En lo que concierne a la publicación misma de los documentos, se ha seguido el criterio — rara vez quebrantado — de reproducirlos textualmente, sin cortes ni alteraciones. Sólo en los casos de duplicidad de documentos se ha preferido, siempre que su contenido fuese idéntico, publicar los más breves: tal ocurre con los telegramas y rapports que los desarrollan. En los demás casos se ha reproducido el «rapport» com-

pleto, y en ocasiones, cuando entre ambos documentos ha mediado alguna acción política adoptada como consecuencia del primero, se han publicado los dos.

La edición francesa ha omitido algunos documentos incluidos en las ediciones inglesa y alemana, y excepcionalmente, cuando la extensión de ciertos documentos era excesiva, se ha limitado a publicar sus extractos. El volumen que reseñamos es el primero de la serie que comprenderá la edición francesa. Los documentos que constituyen su contenido son los correspondientes al período que va desde septiembre de 1937 al mismo mes del año siguiente. Al igual que en las ediciones alemana e inglesa, no contienen casi ningún documento relativo a Checoslovaquia, a la guerra civil española y a las relaciones de Alemania con las pequeñas potencias, los cuales han quedado reservados para los volúmenes ulteriores.

El libro está dividido en siete capítulos, cuyos epígrafos generales son los siguientes:

Capítulo I. Alemania y las grandes potencias occidentales: Gran Bretaña, Francia e Italia (30 septiembre 1937 a 11 marzo 1938).—Capítulo II. Alemania y Austria.—Capítulo III. Alemania y Estados Unidos.—Capítulo IV. Alemania y Extremo Oriente.—Capítulo V. Alemania y la Unión Soviética.—Capítulo VI. Alemania y la Santa Sede.—Capítulo VII. Alemania y las grandes potencias occidentales: Gran Bretaña, Francia e Italia (marzo-agosto 1938).

La sola lectura del sumario es suficientemente expresiva del interés que el libro encierra, mereciendo destacarse los capítulos relativos a las relaciones de Alemania con Austria y la Santa Sede, en los que, respectivamente, se expone el proceso del Anschluss y la actitud de Alemania frente a la Encíclica papal «Mit brennender Sorge».

A pesar de no estar incluidos en este volumen los documentos relativos a la guerra civil española, es frecuente encontrar algunas alusiones marginales al problema, entre las que destaca la contenida en el informe del Führer sobre la política exterior alemana expuesto con ocasión de la entrevista celebrada en la Cancillería del Reich el 5 de noviembre de 1937, y que reproducimos textualmente: «Desde el punto de vista alemán, no es deseable una victoria del ciento por ciento de Franco. Tenemos más bien interés en la continuación de la guerra y en el mantenimiento de la tensión política en

el Mediterráneo. Si Franco posee con exclusividad la totalidad de la Península ibérica, ello supondrá poner fin a toda posible injerencia de Italia, y, por consiguiente, a la ocupación de las Baleares por esta última. Por consiguiente, si nuestro interés con-

siste en prolongar la guerra de España, nuestra política inmediata deberá ir dirigida a reforzar la retaguardia italiana para que pueda seguir manteniéndose en las Baleares...»

M. M.

DWIGHT D. EISENHOWER: *Cruzada en Europa*.—Colección Los libros de nuestro tiempo.—J. Janés, Barcelona, 1949. —531 págs.

El libro del General Eisenhower es, quizás, el testimonio más importante que haya podido escribirse sobre la pasada guerra mundial. Su autor es hoy uno de los más prestigiosos generales del mundo y el conductor de las fuerzas aliadas a la victoria en Europa. Su relato es importante, no sólo para el militar o para el aficionado a los temas bélicos, sino también para el político y el sociólogo, por los numerosos juicios y decisiones de este orden que el General hubo de adoptar durante la campaña, confirmando una vez más la célebre frase de Klausewitz, de que la guerra no es más que la continuación de la política con otros medios.

Eisenhower estima como causas de la victoria aliada en la G. M. 2, la inmensa transformación industrial de los Estados Unidos en los años 1940-43 y el método casi perfecto de unificación del mando aliado que se ensayó por primera vez con éxito en el último conflicto armado.

Los trabajos para la preparación de la invasión de Europa a través del Canal comenzaron en Londres; pronto se advirtió que la invasión sólo podría realizarse hasta los primeros meses de 1944.

Uno de los problemas que se presentaban de modo inmediato era el plan para acarrear fuerzas combatientes en gran número a la Gran Bretaña, exigiendo de ésta el gran esfuerzo de absorber 2.000.000 de americanos en unas islas superpobladas y maltratadas por la guerra. Era de esperar rozamientos inevitables y había que contar con intemperancias recíprocas. Excepto durante la primera guerra europea el público de los Estados Unidos ha opinado que las contiendas de Europa sólo a Europa interesaban. Por esta razón, todo soldado norteamericano que llegaba a Gran Bretaña se consideraba como un cruzado meritísimo, y así esperaba ser tratado. Puede decirse

que la campaña de adaptación de un lado y de otro fué, en general, un gran éxito.

Uno de los mejores retratos que traza Eisenhower es el de Mr. Churchill, del que dice que virtualmente era uno más entre los Jefes de Estado Mayor británico.

Se había llegado a la conclusión de que una invasión del Continente en gran escala no sería factible antes de la primavera de 1944, pero también se preveía que la reacción psicológica de los Estados Unidos y Gran Bretaña y de todos los países ocupados de Europa podría llegar a ser desastrosa si no se emprendía una acción positiva cualquiera durante 1942. Los Jefes de los Estados Mayores británico y norteamericano tuvieron, pues, que decidir a últimos de julio de 1942 la invasión de África. El 24 de julio se convino el comenzar los planes de invasión del noroeste de África con un contingente aliado de todas las armas a las órdenes de un Comandante norteamericano. La operación fué denominada «Torcho», y el presidente aprobó su ejecución el 25 de julio. El día 26, el General Marshall informó al General Eisenhower que él sería el Comandante Jefe aliado de la expedición. Esta fué la primera operación que se ejecutó con un mando único.

Muy interesante es la consideración de diversos factores de carácter político que influían en la operación. De un lado, la posición de los franceses del Norte de África, oficialmente a las órdenes de Vichy, y de otro, la posible reacción de España ante el desembarco. Se decidió no comunicar a De Gaulle ningún dato de las operaciones proyectadas, ya que los ingleses atribuían a su indiscreción el fracaso de la operación de Dakar y el subsiguiente resentimiento de los franceses de África.

A mediados de septiembre, el General Eisenhower envió un mensaje al General Marshall, exponiéndole las perspectivas de

la invasión unas siete semanas antes de realizarla. En él se decía: «La vulnerabilidad de Gibraltar, especialmente en caso de intervención de tropas españolas, es evidente. Si los españoles nos hostilizan inmediatamente después de realizados los desembarcos, sería imposible contar con base alguna terrestre para cazas que operen en el norte de Africa hasta pasados algunos días. Aunque no hay indicios hasta ahora de que los españoles tomen partido en la guerra a causa de esta particular operación, hay que admitir esta contingencia como posible, sobre todo si Alemania hace intención manifiesta de entrar en España. En todo caso, la participación de España supondría en el acto la pérdida de Gibraltar como campo de aterrizaje y nos impediría emplear el Estrecho hasta que los aliados pudieran emprender una acción eficaz. A la vista de los recursos disponibles es dudoso que podamos realizarla.» En cuanto a la posibilidad de que la aviación alemana del Oeste europeo entrara en España y operara contra la línea aliada de comunicaciones, Eisenhower opinaba que esta operación no sería fácil para los alemanes sin la plena aquiescencia de España. «Gasolina, bombas y lubricantes no hay en los aeródromos españoles, y el traslado al país de personal de base y entretrenimiento exigiría bastante tiempo. Siempre ha existido ventaja para los alemanes en ocupar de hecho la península ibérica, y si aun no lo han realizado, ello prueba, hasta cierto punto, que el enemigo no lo considera sencillo.» «A base de lo expuesto consideramos que la operación tiene suficientes perspectivas de éxito, siempre que España se mantenga neutral y las fuerzas francesas opongan sólo una resistencia formularia o estén tan divididas por disensiones internas que la gestión política aliada haga la oposición efectiva insignificante. Creemos que España continuará neutral, al menos durante las fases primeras de la operación, si conseguimos mantener en absoluto secreto nuestras intenciones... Cualquier indicio de revés en esta etapa o demora de refuerzos podría servir al Eje de motivo para irrumper en España, y si esta nación entrase entonces en la guerra, los resultados serían muy graves.»

Para solventar las dificultades políticas que podrían surgir con las autoridades y la población francesa del Norte de Africa, Eisenhower recurrió al General Giraud, al

que hubo que rescatar de Francia en condiciones novelescas, aunque su influencia política no fue tan grande como se esperaba. En realidad, los anglo-americanos tuvieron que entenderse con Darlan como única persona a quien las autoridades del Norte de Africa consideraban legítimada para la rendición y ulterior colaboración. En resumen, por el poder de las armas y la aceptación de un régimen francés provisional en Africa del Norte, junto con la no intervención española, el 12 de noviembre había cesado la lucha en toda la zona, incluso al Oeste de Argel. En el Sector Este, el de Túnez, la situación era muy distinta. Hitler decidió defender Túnez a toda costa, y para ello reforzó las fuerzas del Africa Korps, que todavía hicieron sufrir a las bisoñas tropas norteamericanas un duro revés en Kasserine.

En diciembre se celebró la Conferencia de Casablanca, y el General Eisenhower tuvo ocasión de hablar con el Presidente Roosevelt, al que reprocha el no haberse dado cuenta exactamente de las dificultades políticas de la situación en Africa. Hablaba de los problemas locales «a la manera de un emperador, tal vez subconscientemente».

El 13 de mayo cesó la resistencia de los últimos alemanes en Africa. Uno de los mayores frutos de la victoria fue lo que se adelantó en la consolidación de la unidad aliada y la formación de un equipo de mando que ya estaba demostrando los efectos de una creciente confianza y estimación entre todos sus miembros.

Para aprovechar el éxito en Africa se ideó y llevó a cabo el plan «Ifusky», de invasión de Sicilia.

Con los desembarcos en Salerno y en Anzio y el comienzo de la campaña contra los alemanes en Italia, terminó la misión de Eisenhower en el Mediterráneo, ya que a raíz de la Conferencia de El Cairo fue designado como Comandante Jefe de la operación «Overlord», es decir, del desembarco en Francia. El autor se extiende en el relato de todos los preliminares de esta gran operación: la elección de los mandos (de acuerdo con las enseñanzas de la campaña del Norte de Africa), la elaboración del complejísimo plan general, la invención de medios para burlar al enemigo (los alemanes estaban convencidos de que el ataque se produciría en la región de Calais). Insiste sobre la importancia decisiva de la aviación y la unidad del

complejo táctico aereoterrestre; sobre la invención de medios extraordinarios como lo fueron los puertos artificiales y sobre la moral inglesa no quebrantada incluso cuando empezaron a llover sobre Londres las famosas Vs alemanas.

Los factores políticos también presentaban dificultades. Hubo diferencias con el General De Gaulle, a propósito del día y hora del desembarco y de las proclamas que deberían lanzarse a la población francesa inmediatamente después de realizarlo. De Gaulle quería que los Gobiernos aliados le reconocieran clara y definitivamente como suprema autoridad de Francia. Insistió en que sólo él tenía derecho a dar órdenes a la población francesa respecto a la cooperación necesaria con las fuerzas aliadas. El Presidente Roosevelt se oponía resueltamente al reconocimiento concreto y particular pretendido por el General De Gaulle y sostenía que los aliados no iban a Francia para imponer a la población un determinado Gobierno o Jefe de Estado.

La SHAEF (Cuartel General Supremo de las Fuerzas Expedicionarias Aliadas), se reunía dos veces al día con la comisión meteorológica. Al aproximarse los tres días críticos 5, 6 y 7 de junio fijados como óptimos para la invasión de acuerdo con la combinación luna, marea, aurora, la tensión seguía aumentando ante las perspectivas cada vez más probables de mal tiempo. La conferencia final debía reunirse en la madrugada del día 4, y el parte recibido fué desalentador. Los meteorólogos dijeron que sería imposible el apoyo aéreo, ineficaz el cañoneo naval y nada fácil la maniobra de las embarcaciones menores. Se aplazó la decisión hasta el día siguiente. En la madrugada del día 5 el tiempo sobre el Estrecho tomó caracteres de verdadero huracán, y de haber insistido en el intento de desembarcar el día 5 de junio, seguramente hubiera sido inevitable un gran desastre. Sin embargo, los meteorólogos pronosticaron que en la mañana del día 6 empezaría un período de relativa calma que duraría, aproximadamente, treinta y seis horas. Las graves consecuencias del aplazamiento justificaban que se asumiera un grave riesgo, y el General Eisenhower decidió iniciar el ataque el 6 de junio.

Las primeras noticias del aterrizaje de las divisiones de paracaidistas fueron alentadoras, y dió comienzo la batalla de la cabeza de playa. Consistía ésta en conquis-

tar una faja de terreno que abarcara prácticamente toda la península de Cotentin y la zona costera hasta el río Orne, en una línea que siguiera, aproximadamente, las ciudades de Caen, Caumont y Saint-Lô, para poder concentrar en esta zona todos los hombres y pertrechos necesarios para la batalla de ruptura y envolvimiento. Rommel resistió duramente en el ala izquierda aliada defendiendo Caen. Los aliados modificaron entonces ligeramente sus planes, y en un rápido movimiento de conversión hicieron girar su ala derecha, poniendo en marcha todo el 12 grupo de ejércitos americano de Bradley, primero en dirección sur, hacia Bretaña, convergiendo luego hacia el noroeste, completando así el cerco de Falaise, en donde la tozudez de Hitler impidió que se retirara oportunamente el grueso de las fuerzas alemanas y del material pesado, originando una de las mayores matanzas de la guerra. Llegó el momento de aprovechar el éxito de la ruptura hasta el máximo, y comenzó la batalla de persecución. Se hizo preciso conquistar un gran puerto que en situación más avanzada sirviera para resolver los acuciantes problemas de abastecimiento que constituyeron durante mucho tiempo la mayor preocupación del Mando aliado durante la batalla de Francia. Eisenhower consideraba que sería preciso conquistar el puerto de Amberes y realizar, además, un desembarco en el Sur de Francia que pusiera a disposición de los ejércitos aliados el importante puerto de Marsella y los magníficos ferrocarriles del Valle del Ródano. A esta operación en el Sur, destinada a ganar la batalla de abastecimientos, se oponía el Primer Ministro, Mr. Churchill. Este propugnaba un desembarco en los Balcanes, estimando que tal operación era mucho más conveniente para llegar pronto al corazón de Alemania. Eisenhower creía que el interés del Primer Ministro tenía más de político que de militar. Indudablemente sería muy distinta la situación de este mundo de post-guerra con los aliados occidentales establecidos en los Balcanes y en todo el territorio que desde ellos se hubiera podido ocupar. Eisenhower resume así su posición en este asunto: «Me explicaba bien que la estrategia puede ser afectada por consideraciones políticas, y si el Presidente y el Primer Ministro decidían que valía la pena prolongar la guerra, aumentando así su coste en hombres y en dinero, para

conseguir los objetivos políticos que estimaran necesarios, y no vacilaría en ajustar lealmente y en el acto mis planes a lo que ellos acordaran; pero mientras discutiéramos el asunto en su aspecto militar, no me era posible conceder validez a sus argumentos.» Como consecuencia de esto, la operación «Anvil-Dragoon» (desembarco al Sur de Francia) se realizó el 15 de agosto, y el 11 de septiembre enlazó cerca de Dijón el primer ejército francés con el tercer ejército americano, envolviendo así a todo el ejército alemán del Sur de Francia y situando a las fuerzas aliadas en condiciones de alcanzar la línea del Rin. El 25 de agosto se había rendido París al General Leclerc.

Durante el resto del invierno se preparó el asalto definitivo para el cruce del Rin, encomendado en primer lugar al grupo de ejércitos que mandaba en el Norte el Mariscal Montgomery, que comenzó su ofensiva el 23 de marzo con grandes desembarcos aéreos. Al mismo tiempo, se desencadenaron ofensivas en el Centro y en el Sur. La resistencia fué menor de lo que se esperaba en la mayor parte de los frentes, y el avance aliado tan rápido que se llegó incluso a ocupar el puente de Remagen intacto. El aprovechamiento de estos éxitos iniciales dió lugar al envolvimiento del Ruhr y con él al derrumbamiento práctico de la resistencia alemana. Militarmente lo mejor que podían haber hecho los alemanes desde el mes de enero era rendirse. No cabe duda de que si el Estado Mayor alemán hubiera tenido libertad de acción y no hubiera tenido que seguir las órdenes de Hitler, no hubiera desencadenado la ofensiva de las Ardenas, que constituyó un fracaso indiscutible, sino que hubiera replegado las fuerzas defensoras. Además, el 12 de enero iniciaron los rusos una gran ofensiva, que había de llevarles sin interrupción del Vístula al Oder, a 30 millas al Este de Berlín. La situación era desesperada para los alemanes, y aun cuando no hubieran salvado nada en el frente político, habrían evitado la pérdida de millares de hombres y dado fin a la destrucción de sus ciudades y centros industriales. El 25 de abril, las patrullas americanas tomaron contacto con las vanguardias del ejército rojo en Torgau, cerca del Elba. La madrugada del 7 de mayo de 1944, el Mariscal Jodl firmó el documento de rendi-

ción incondicional de todas las tropas alemanas que aun continuaban combatiendo.

Son de gran importancia los comentarios que hace Eisenhower sobre todas las derivaciones de la victoria, Gobierno militar de las zonas ocupadas, proyecto sobre el futuro de Alemania, actitud de los franceses y perspectivas de colaboración con los rusos. En cuanto a la posición de Francia en la guerra, Eisenhower reconoce que no era nada fácil. Su ejército y su orgullo quedaron maltrechos en el gran descalabro de 1940. En consecuencia, cuando la invasión Torch en 1942 dió a los franceses una nueva oportunidad de participar en la lucha contra los nazis, se sintieron muy puntillosos en todo lo que rozaba el orgullo y el honor nacionales. Otro factor de irritación era que el ejército francés y gran parte de la población civil dependían en cuanto a suministro de los americanos. El juicio general que formula el autor respecto a ellos es «que cuando están inspirados, los franceses son grandes combatientes». En cuanto al General De Gaulle, dice Eisenhower que tenía muchas y excelentes cualidades, que quedaban algo ensombrecidas por su hipersensibilidad y su extraordinario tesón en asuntos que realmente carecían de trascendencia». En cuanto a la colaboración con los rusos, Eisenhower se sentía en un principio optimista, gracias a su personal amistad con el Mariscal Zhukov.

Los dos últimos capítulos de la obra tratan del estudio general de las operaciones y del viaje que realizó Eisenhower a Moscú en el mes de agosto. La Comisión de estudio que se formó para deducir las enseñanzas de la victoria en Europa, dedujo importantes conclusiones, de las que Eisenhower no traza más que el esbozo. Entre las lecciones militares, la más importante fué la decisiva influencia de la aviación en la marcha de la guerra. La combinación de una fuerza aérea abrumadora y de la gran movilidad procurada por el material rodante del ejército, fué la que permitió atacar en cualquier punto y durante mucho tiempo. Otra conclusión importante es la de la misión esencial de los hombres de ciencia en la transformación del aspecto de la guerra. Esta verdadera batalla en el frente científico no debe ser olvidada por quienes pretendan hoy realizar cualquier papel en una probable G. M. 3. Son importantes también las consideraciones sobre el soldado americano. Sobre este punto

tenemos noticia de que en América se ha realizado un gran estudio sociológico de conjunto.

El último capítulo, dedicado a las relaciones con Rusia, es un examen de las causas de la tirantez creciente entre las

Potencias vencedoras a causa de las diferencias esenciales en los puntos de vista que han terminado frustrando todos los sueños de un rápido avance hacia la paz universal y la eliminación de los armamentos.

J. A. G.

ROBERT E. SHERWOOD: *Roosevelt y Hopkins. Del New Deal a Pearl Harbour.*—José Janés. Barcelona, 1950. 572 págs. Traducido por Juan G. Luaces.

Robert E. Sherwood nos ha querido presentar la relación Roosevelt-Hopkins, el binomio fundamental de colaboración entre estos dos hombres en un período de la Historia de los Estados Unidos que comienza con una crisis económica y se termina con una crisis militar. Pero, aparte de lograrlo plenamente, al mostrarnos la conjunción del proyectista (Roosevelt) con el realizador (Hopkins), nos da una visión tan clara como objetiva de lo que ha sido la llamada «faz interior» de la política americana del período comprendido entre la llegada de Roosevelt a la Presidencia hasta la Conferencia conocida con el nombre-clave de Arcadia (diciembre 1941, enero 1942), que consideramos este libro como una de las aportaciones más completas que se han hecho para el estudio y conocimiento de aquellos años.

La primera parte en la que lo podemos dividir se refiere a la época de «New Deal», una nueva experiencia económica que iba a conmover la organización americana. Como secuela de la depresión de 1929 a 1932, el Presidente Hoover dejó un país en plena bancarota financiera, y Roosevelt, ya desde su discurso con motivo de la exaltación a la Presidencia y de su primera «Charla junto al fuego», anunció al país el nuevo sistema económico que propugnaba, el cual en muchos puntos parecía violar la Constitución, lo que llevó a decir «que desde los tiempos de Abraham Lincoln ningún Presidente había demostrado la elasticidad de la Constitución americana».

El Presidente siguió adelante, ayudado por un equipo de hombres conocidos por el «Trust de los Cerebros», y especialmente por Hopkins. Este fué puesto al frente de la «Administración de Obras Públicas», nuevo organismo encargado de llevar a cabo un amplio plan de trabajos públicos bajo la dirección del Gobierno Federal, algo nunca visto en el país, pero que sin embargo tenía ya un antecedente en el pro-

yecto de Samuel Gomers de 1898, abogando por las obras públicas ejecutadas por el Estado, el llamado «Day labor plan», y que, al igual que una ley de 1892, sirvió de precedente a la de Préstamos y Arriendos, aquel proyecto se empleó como defensa contra los ataques violentísimos de los senadores republicanos. La situación económica entró en vías de solución; la nación volvió a recuperar su calma; el paro disminuyó en gran proporción, y como resultado de influencia militar, el general Marshall, en 1938, reconocía que «fue gracias a este plan de empleo federal que las instalaciones del Ejército y de la Armada habían sido salvadas del anticuamiento cuando las asignaciones de los Departamentos de Guerra y Marina eran mínimas».

La candidatura de Roosevelt para la segunda reelección nos pone en presencia de la lucha entre las dos facciones políticas más fuertes del país, sus artimañas electorales y la gran oposición que contra el «New Deal» era mantenida por los republicanos, que incluso le identificaban con el sistema económico ruso.

Pero la que juzgamos ser la parte más interesante es la que se refiere a la lucha mantenida por el Presidente Roosevelt contra los aislacionistas, entonces en su máximo apogeo, y que, basándose en experiencias anteriores, se oponían a intervenir en todos aquellos asuntos que no afectarían, a su juicio, directamente a los Estados Unidos.

La ley de Neutralidad, firmada «a regañadientes» por Roosevelt en 1936, era considerada como la principal garantía y defensa del país. La gran mayoría de la nación era francamente aislacionista, y el otoño y el invierno de 1939 a 1940 fué de una gran crisis para Roosevelt, que se veía en un completo desconcierto, no sabiendo qué acción emprender. Para él, la frontera norteamericana estaba en el Rin, y quería evitar a toda costa un segundo Munich; pero las estadísticas (Gallup y Roper) mostraban



que el pueblo norteamericano no comprendía el peligro o no lo aceptaba, llegando al 30 por ciento aquellos que no querían saber nada de la guerra y al 37 y medio por ciento aquellos que, sin tomar partido por ningún bando beligerante, creían que se les debía vender material de guerra, siempre que lo pagasen al contado.

Los Sindicatos, la Comisión «América Primero» y el Coronel Lindberg, era la vanguardia de este aislacionismo a ultranza, proclamando entre sus asertos para justificar su actitud que «en Versalles y después de Versalles, Inglaterra y Francia pisotearon los ideales democráticos, y ahora, en gran parte por su culpa, vuelven a encontrarse en un aprieto y piden nuestra ayuda».

En resumen, la posición aislacionista era la siguiente:

1.º Que todas las batallas se riñesen en los territorios americanos del hemisferio occidental, ya que si no, sería una guerra extranjera.

2.º Que en la guerra nos mantuviéramos puros, americanos cien por cien, sin buscar ningún aliado.

La posición de Roosevelt era totalmente la opuesta: en caso de entrar en guerra, librarla lo más lejos del hemisferio occidental y con el mayor número de aliados.

Vemos aquí el profundo antagonismo entre ambas posiciones y que si el Japón no hubiera atacado, difícil le hubiera sido al Presidente superar la oposición de los aislacionistas.

Pero a pesar de todo, en el curso de 1940, después del triunfo alemán en el continente, Roosevelt tomó decisiones trascendentales, y muchas de ellas sin previa autorización del Congreso y contra la opinión de muchos de sus más influyentes amigos y colaboradores. Otra consecuencia del Blitzkrieg sobre la política norteamericana fué la designación como candidato republicano para las elecciones de 1940 de Willkie, que no era un aislacionista, lo que debilitaba la posición del partido en relación a su postura anterior, y que proporcionó a Roosevelt el impulso necesario para presentarse a una nueva reelección, aunque no dejara de considerar que era el más fuerte antagonista que le podían haber opuesto. Pero fuera quien fuese quien resultara elegido, el mundo sabría que no habría variación en la política exterior de la Casa Blanca.

El problema más inmediato con el que se enfrentaba Roosevelt después de su ter-

cera reelección era el de la ayuda a Inglaterra. Los créditos en dólares se habían agotado, y, de acuerdo con la ley conocida por «Cash and Carry», ya no sería factible el envío del material que tan urgentemente necesitaba. El empleo afortunado en un discurso al Congreso (diciembre de 1940) de la metáfora «la manguera del jardín», parece sin duda alguna que fué la clave del éxito que condujo a la aprobación de la ley de Préstamos y Arriendos, después de dos meses de durísimos debates en la Cámara de Representantes, por 265 votos contra 160, y en el Senado, el 3 de marzo de 1941, por 60 votos contra 31, conceptuando Churchill este hecho como el tercer punto culminante de la segunda guerra mundial (los dos primeros fueron el derribamiento de Francia, la batalla aérea de Gran Bretaña; el cuarto, el ataque alemán a Rusia, y el quinto, el asalto nipón a Pearl Harbour).

La opinión mantenida por el Presidente y sus consejeros militares era que «puesto que los ingleses defendían posiciones esenciales para la seguridad norteamericana, su deber era el de reforzarlos para no tener que enviar sus propias fuerzas armadas a guarnecer aquellas posiciones», que concordaba con la letra de la ley de 1892, por la que el Congreso autorizaba al Secretario de Guerra a prestar propiedades del Ejército cuando, «según su discreción, ello contribuyese al bien público».

Alemania inició su «empujón hacia el Este», y, a juicio tanto americano como inglés, se creía que la resistencia rusa duraría de un mes al máximo de tres, y que sólo daría un respiro momentáneo a la fuerte presión a la que estaba sometida Inglaterra; pero, de todas formas, Hopkins fué enviado a Moscú para concertar la ayuda más urgente que Rusia necesitara, ampliando el campo de aplicación de la ley de Préstamos y Arriendos, lo que produjo grandes ataques en el Congreso contra esta política.

Los Estados Unidos aun eran neutrales, pero su marcha hacia la guerra era ya visible; la Conferencia del Atlántico y la «Carta» que de ahí salió fué un paso más hacia ella. Para los ingleses no pasaba de ser un instrumento de propaganda y no un documento de Estado en sentido alguno; Roosevelt tomó el acuerdo mucho más serio, aunque contribuyó a fortificar la anterior creencia diciendo que aquella «Carta» no

podía ser considerada como un Tratado, porque entonces hubiese tenido que presentarla a la aprobación senatorial, riesgo que no quería correr.

La opinión en los altos mandos militares americanos era la de que Alemania no sería derrotada a menos que entraran en guerra los Estados Unidos. Lo ideal sería que los alemanes fueran los agresores, para que el Japón permaneciera neutral; pero opinaba el jefe de operaciones navales, almirante Stark, «que los Estados Unidos debían atacar Alemania incluso aunque esto obligara a una guerra con el Japón». En general, toda la estrategia combinada cuando la amenaza japonesa fué en aumento era la defensa del Asia sudoccidental; pero no se pensaba que el Japón realizaría un ataque contra Filipinas, y mucho menos contra Pearl Harbour, por estimarse un desatino dicho ataque, pues traería la unión de todo el pueblo americano en torno al Presidente Roosevelt y lanzaría por la borda la oposición aislacionista. Sin embargo, el Japón atacó, y los Estados Unidos dejaron

de ser el «arsenal de las democracias» para convertirse en los paladines armados de ellas.

La denominada Conferencia de Arcadia, celebrada en Washington con asistencia de Roosevelt y de Churchill, determinó las bases de una estrategia conjunta y la unidad de mando, que encontró una tenaz resistencia inglesa, aunque finalmente Churchill, hábilmente conducido por Hopkins en una conferencia privada con Marshall, la aceptó.

De allí también salió la declaración de las Naciones Unidas, y este libro nos aclara algunas cosas que aun tenemos oscuras sobre la génesis de ella.

Termina el libro con un capítulo dedicado a la política de Vichy y al incidente «degauillista» de San Pedro Miquelon, que, como dice Stimson, por los conflictos posteriores que este incidente trajo consigo, «nunca hubiera creído que el Departamento de Estado tuviera tan larga memoria para tales complicaciones».

L. M. C. P.

ROBERT E. SHERWOOD: *Roosevelt y Hopkins. La eminencia gris de la Casa Blanca.* — José Janés, Barcelona, 1950. 500 págs. Traducido por Juan G. de Luaces.

Mucho se ha escrito sobre el desarrollo político de la segunda guerra mundial, pero creemos que Robert E. Sherwood ha logrado, empleando los documentos que recibió de Hopkins, una de las más completas e interesantes exposiciones de los hechos ocurridos entre la Conferencia de Arcadia (diciembre 1941-enero 1942) y la Conferencia de Potsdam (julio 1945), aunque de ésta sólo trate la fase preparatoria.

Aquel invierno de 1941 fué un «invierno de desastres». El Japón llegó al cenit de su poderío y a la conquista de un inmenso imperio. La desestimación que se había hecho respecto del poderío japonés estaba causando hondas preocupaciones en las altas esferas de Washington y existía el temor de un resurgir, más violento aun, del espíritu aislacionista. Las noticias de los otros campos de batalla no eran más satisfactorias, incluso se tenía un acuerdo ruso-alemán de «Tablas», que sólo favorecería a Alemania. Hopkins decidió organizar, a semejanza del Ministerio inglés de Información, una organización de propaganda para intentar contrarrestar estos hechos, aunque

sabía que al Presidente Roosevelt le era indiferente la opinión pública. La única esperanza parecía estar en la trilogía King-Arnold-Marshall. La India estaba en una posición muy delicada, y americanos e ingleses no coincidían en sus puntos de vista, Roosevelt apoyaba la creación de una Confederación India y Churchill «no cedía ni una yarda».

Pero, poco a poco, la situación se fué estabilizando, y se tomó la decisión de atacar. Fué planeada la operación Roundup (a través del Canal) y la Gymnast (desembarco en África), y cuando Molotof fué a Washington, la creación del segundo frente se concretó más detalladamente, así como la ayuda militar a Rusia.

Pero el 6 de junio de 1942 la batalla naval de Midway frenó definitivamente a los japoneses, fué en el mar lo que la batalla de Inglaterra en el aire y la de Stalingrado en tierra. Desde entonces la estrategia aliada fué más osada, los americanos decidieron el desembarco en Francia para septiembre de 1942, pero los ingleses se oponían a ello planeando operaciones de di-

versión. Churchill afirmaba que «en el Oeste nunca habría una guerra de grandes ejércitos», las fuerzas terrestres de Alemania le inspiraban gran respeto y pasó largo tiempo hasta que se convenció de la «capacidad combativa de la infantería norteamericana». Se ha dicho que la insistencia de Churchill de atacar en el «bajo vientre de Europa», probaba su mucha previsión, ya que con ello tendía a mantener el ejército ruso alejado de los Balcanes y del Danubio. La opinión de las autoridades norteamericanas que intervinieron en la discusión de aquellos planes, es que hablar así es valorar en mucho la presencia de Churchill. A juicio de los Jefes del Estado Mayor de los Estados Unidos, estos conceptos estratégicos de Churchill se explican porque sentía una gran predilección por las «operaciones excéntricas», predilección que guió sus actos tanto en la primera guerra mundial como en la segunda.

De este plan ofensivo general fué la realización para finales de 1942 del desembarco en Marruecos y Argelia (operación *Gymnast* y *Super-Gymnast*, y en su fase final conocida por operación *Torch*); en septiembre de 1942 un ataque de pequeña escala a través del Canal en caso de inminencia de derrumbamiento del frente ruso (operación *Sledgehammer*); ofensiva general en Asia para 1943; creación del segundo frente en 1943 o más tarde (operación *Roundup* y después *Overlord*) y continuación de la concentración americana en Inglaterra (operación *Bolero*).

El punto crítico se alcanzó cuando se llevó a cabo el desembarco en África, y ya la ofensiva no se detendría hasta el derrumbamiento del Reich. Pronto surgieron los choques políticos entre la trilogía Darlan-Giraud-De Gaulle, tanto que en la Conferencia de Casablanca, cuyo fin tenía casi exclusivamente carácter militar, Roosevelt y Churchill se vieron complicados en las luchas políticas francesas y ambos se esforzaron en demostrar que no tenían su «francés predilecto.»

Es interesante destacar el hecho, que fué en Casablanca donde Roosevelt acuñó su frase de «rendición incondicional». Muchos especialistas de la propaganda, americanos e ingleses, creían que estas palabras eran nefastas, pues conducirían a una resistencia desesperada de las Potencias del Eje, que prolongaría innecesariamente la guerra, y aun hoy hay quien atribuye todas las com-

plicaciones de la postguerra a la imposición de esta tesis. Stalin, en Teherán, juzgó «no apropiada dicha fórmula, como medida en tiempo de guerra, sin definición de los términos exactos de la capitulación a imponer; a su entender, esto sólo sirve para unir más al pueblo alemán, mientras que él exponer unas condiciones, por duras que fuesen, y decir a Alemania que era eso lo que tenía que aceptar, apresuraría la capitulación germana.»

En el cuadro de las conversaciones políticas anglo-americanas las Conferencias conocidas por *Trident* (mayo 1943, Washington) y *Quadrant* (agosto 1943, Quebec), condujeron a una mejor coordinación de planes en todos los frentes, y allí fué donde se decidió que el desembarco en Normandía tendría lugar el 1 de mayo de 1944, que después sufrió algún retraso, pero la tesis de Roosevelt de que «Alemania primero», fué la que prevaleció.

En la Conferencia del Cairo se pusieron de relieve los antagonismos anglo-americanos en los asuntos referentes a los problemas de Asia, divergencia fundada principalmente en principios nacionalistas. Se llegó a un acuerdo sobre los temas que se tratarían con Stalin en Teherán.

La Conferencia de Teherán reunió a los Tres Grandes por vez primera. Allí fué donde Roosevelt expuso las primeras ideas de una organización de las Naciones Unidas, manteniendo la tesis que la paz del mundo debe ser mantenida por Estados Unidos, Inglaterra, Rusia y China, representando el papel de «los cuatro policías». Nos recuerda la doctrina de Teodoro Roosevelt del «*Big stick policy*». También se decidió el nombramiento del General Eisenhower como jefe de la operación *Overlord*, abandonando la primera tesis a favor del General Marshall.

Stalin sorprendió a Roosevelt al afirmar que Pétain representaba más que De Gaulle «la real y física Francia», y al manifestar que «Hitler era un hombre muy capaz, aunque no fundamentalmente inteligente, ya que carecía de cultura y enfocaba los problemas con métodos primitivos. El no compartía el criterio del Presidente, que tenía a Hitler por un desequilibrado mental e insistía que sólo un hombre de mucha capacidad podía haber logrado hacer formar al pueblo alemán un bloque compacto cualesquiera que fueran los métodos seguidos para ello.»

La lucha por la cuarta reelección planteó a Roosevelt nuevos problemas internos. El duelo con Dewey le ocasionó sinsabores, especialmente cuando fué informado que alguien había comunicado al candidato republicano que los Estados Unidos conocían los Códigos secretos japoneses ya antes de Pearl Harbour, y llegó a afirmar que «mi contricante debe estar muy desesperado cuando llega a pensar hasta emplear material como éste, y que quién sería ese funcionario, militar o civil, tan infiel a su país, que diera dicha información vital al gobernador Dewey». Esta es la única vez, a lo largo de esta documentadísima obra, que se trata, aunque de pasada, la grave acusación que pesa sobre Roosevelt en relación con los hechos de Pearl Harbour, y para la cual una Comisión de Investigación fué creada en el Congreso, sin que sus conclusiones hayan llegado al pleno conocimiento público.

El último punto clave que se trata es la Conferencia de Yalta. Sus decisiones aun arrastran sus efectos hoy en día. Roosevelt

fué a la Conferencia con la idea de oponerse a la propuesta rusa de que se debía conceder a Rusia dos votos suplementarios; llegó a decir que «si insistía sobre ello, él pediría 48 votos para los Estados Unidos». Mas ocurrió que Churchill apoyó la tesis de Stalin de que se admitieran en las Naciones Unidas las dos repúblicas rusas (Ucrania y Bielo-Rusia); al parecer, se dejaba influir por consideraciones del Imperio y especialmente por el problema de la India, por lo que el Presidente se vió obligado a acceder.

Así llegamos a los antecedentes de la Conferencia de Potsdam. Fué la última misión de Hopkins, su viaje a Moscú, donde se decidió la reunión de Truman, Churchill y Stalin, una vez que pareció superarse la crisis surgida con motivo de la cuestión polaca.

Como único comentario marginal a ambos libros, sólo hemos de lamentar la deplorable traducción que de ellos se han hecho.

*L. M. C. P.*